

cio. Finalmente se retiró á Catana, sin haber hecho otra cosa que asolar á Hicara, aldea habitada por bárbaros, donde se dice haber caído cautiva la célebre ramera Lais todavía mocita, y que vendida con los demas esclavos fue llevada al Peloponeso.

Al fin del verano como entendiase que los Siracusanos, muy alentados ya, estaban resueltos á acometer los primeros, y la caballería se acercase con insolencia á su campamento, preguntando si habia venido á aumentar los habitantes de Catana, ó á restituir á sus casas á los Leontinos, determinóse Nicias no sin repugnancia á marchar á Siracusa. Quería entrar con seguridad y sosiego su campamento; y para ello envió cautelosamente desde Catana un hombre que avisara á los Siracusanos de que si querian encontrar desierto el campo de los Atenieses, y tomarle con cuanto contenia, acudieran con todas sus tropas á Catana el día que les prefijó; pues que no saliendo por lo regular los Atenieses de la ciudad, tenian pensado los amigos de los Siracusanos, cuando vieran que ellos venian, apoderarse de las puertas, y al mismo tiempo poner fuego á la escuadra: siendo muchos los que estaban en ello, no aguardando mas que su llegada. Este fue el golpe de maestro que Nicias dió en Sicilia: porque sacando con esta estratagemá todas las tropas de la ciudad, y dejándola en cierta manera vacía, pudo marchar de Catana, apoderarse de los puestos, y establecer el campo en sitio donde los enemigos no le incomodaran con aquello en que les era inferior, y desde donde esperaba hacerles libremente la guerra con lo que le daba ventajas. Despues cuando al volver los Siracusanos de Catana se formaron delante de la ciudad, los acometió subitamente Nicias con sus fuerzas, y los venció; mas no se hizo gran matanza en los enemigos, porque la caballería impidió que se les siguiera el alcance. Rompió entonces Nicias y derribó los puentes; lo que hizo decir á Hermócrates para dar ánimo á los Siracusanos: « ¡Ridículo general es este Nicias, que busca medios para no pelear, como si no hubiera sido enviada á pelear su expedición! » Con todo fue tan grande la sorpresa y el miedo que causó á los Siracusanos, que en

lugar de los quince generales que entonces tenian, eligieron tres, asegurándoles el pueblo con juramento que les dejaria obrar con las mas plenas facultades. Hallábase cerca el templo de Júpiter Olimpico, y los Atenieses pensaban en tomarle, por haber en él muchas y muy ricas ofrendas de oro y plata; pero Nicias de intento lo fue dilatando y dejando para otro día, no impidiendo que los Siracusanos introdujesen guarnicion, por pensar que si los soldados saqueaban aquellas preciosidades, ningun provecho habia de resultar de ello á la república, y sobre él vendria á recaer la nota de impiedad. Ningun partido sacó de una victoria tan celebrada; y pasados pocos dias se retiró á Najos, donde pasó el invierno, haciendo exorbitantes gastos para mantener tan numeroso ejército, y ejecutando cosas de muy poca entidad con algunos Sicilianos de los que habian abrazado su partido. Con esto los Siracusanos cobraron otra vez ánimo, y dirigiéndose á Catana, talaron el pais, é incendiaron el campamento de los Atenieses; y de esto todos ponian la culpa á Nicias, porque en conferenciar, en meditar y en precaverse se le iba el tiempo malogrando las ocasiones; pues lo que es sus hechos nadie los reprendia: siendo despues de determinarse activo y pronto; pero para decidirse muy detenido y cobarde.

Luego que resolvió mover de nuevo con su ejército para Siracusa, lo dispuso con tanto acierto, y fue tal la prontitud y seguridad con que se condujo, que no se tuvo el menor indicio de haberse dirigido á Tapso con la escuadra, y haber allí saltado en tierra la tripulacion; ni tampoco de que él mismo se habia adelantado hasta el punto de Epipolas, y le habia tomado; en seguida de lo cual venció á lo mas escogido de los auxiliares, cautivando unos trescientos, y rechazó la caballería de los enemigos, que era tenida por invencible. Pero lo que mas que todo admiró á los Siracusanos, y se hizo increíble á los Griegos, fue haber corrido en muy poco tiempo un muro alrededor de Siracusa, de no menor extension que Atenas, y que por la desigualdad de su terreno, por su inmediacion al mar, y por las lagunas que hay en su contorno, ofrece mayores dificultades para poder ser circunvalado con tan dilatada muralla. Pues con

todo faltó muy poco para que se acabase enteramente bajo el cuidado de un caudillo, que estaba muy distante de gozar de la salud correspondiente á tantas fatigas, padeciendo un violento dolor de riñones; al que debe con razon atribuirse que aquel trabajo no se hubiese concluido. No puedo pues admirarme bastante de la diligencia de tal caudillo, y del valor de tales soldados, por las victorias que consiguieron, puesto que Eurípides, despues de sus derrotas y de su trágico fin, les hizo este epicedio :

Ocho victorias los que aquí descansan  
De los Siracusanos alcanzaron,  
Mientras plugo á los dioses de ambos lados  
En igualdad perfecta mantenerse.

Y no ocho victorias solas, sino muchas mas todavía se hallará haber sido las que consiguieron de los Siracusanos, antes que, como es cierto, se hubiese hecho por los dioses y por la fortuna oposicion á los Atenenses, cuando habian llegado á la cumbre del poder.

Haciéndose pues violencia acudia Nicias á quanto se ofrecia; pero habiéndose agravado el mal, tuvo que quedarse dentro del muro con algunos asistentes; y en tanto mandando el ejército Lamaco hacia frente á los Siracusanos, que construian desde la ciudad otra muralla por delante de la de los Atenenses para impedir los efectos de su circunvalacion. Por lo mismo que los Atenenses estaban victoriosos, solian desordenarse al seguirles el alcance; y habiéndose quedado en una ocasion casi solo Lamaco, aguardó á la caballería de los Siracusanos que le cargaba. Era el primero en ella Calicrates, buen militar y de mucho aliento; y como provocase á Lamaco, fuese este para él, y pelearon en singular batalla; en la que fue primero herido Lamaco, y al herir despues este á Calicrates, cayó en el suelo, y ambos murieron juntos. Apoderáronse de su cadáver y de sus armas los Siracusanos, y en seguida dieron á correr hácia el muro de los Atenenses, en el que habia quedado Nicias sin tener casi á nadie en su ayuda. Sin embargo, movido de la necesidad y de la presencia del peligro, mandó á los que te-

nia cerca de sí que á cuantos maderos se hallaban reunidos para las máquinas y á las máquinas mismas les pegaran fuego. Sirvió esto para contener á los Siracusanos, y salvó á Nicias con la muralla y los efectos que allí tenian guardados los Atenenses: porque viendo los Siracusanos á la mitad de la distancia aquel grande incendio, se retiraron. De resulta de estos sucesos quedó Nicias único general, y se formaron grandes esperanzas: porque se pasaban á su partido las ciudades, y eran muchos los barcos cargados de provisiones que de todas partes llegaban al campamento, acudiendo todos á aquel cuyos negocios iban tan prósperamente; de manera que aun le habian llegado de parte de los Siracusanos proposiciones de paz, desconfiando de poder sostener la ciudad. Así Gilipo, que de Lacedemonia venia en su auxilio, luego que en el curso de su navegacion supo como se hallaban cercados, y la escasez que padecian, continuó su viaje en la inteligencia de que la Sicilia estaba tomada, y que no le quedaba mas que hacer sino conservar en la alianza á los Italianos y sus ciudades, si aun para esto llegaba á tiempo. Porque las voces que corrian eran de que todo estaba ya por los Atenenses, y que tenian un general invencible por su dicha y su prudencia. El mismo Nicias pasó de repente con esta prosperidad á ser confiado contra lo que llevaba su natural; y teniendo por cierto, ya por su demasiado poder y ventura, y ya mas principalmente por los avisos que secretamente le llegaban de Siracusa, que para ser suya la ciudad apenas le faltaba mas que estar hechas las capitulaciones, ninguna cuenta hizo de la venida de Gilipo, ni puso las convenientes guardias para estar en observacion: así con desatenderle y despreciarle, dió lugar á que sin tener él la menor sospecha aportase en una lancha á la Sicilia, donde estableciéndose lejos de Siracusa, reclutó mucha gente sin que los Siracusanos lo supiesen, ni siquiera le esperasen. Por tanto ya se habia convocado para junta pública con el objeto de tratar de la capitulacion con Nicias; y algunos se encaminaban á ella, pareciéndoles que debia hacerse el tratado antes que del todo fuese circunvalada la ciudad: porque era muy poco lo que quedaba por hacer, y

aun para esto estaban ya arrimados todos los materiales.

Cuando se hallaban en este conflicto llegó Gonguilo de Corinto con una galera; y corriendo todos á él, como era natural, les dijo que Gilipo estaba para llegar de un momento á otro, y aun venian mas fuerzas en su socorro. Todavía dudaban de esta relacion de Gonguilo, cuando les llegó aviso de Gilipo, previniéndoles que marcharan á unirse con él. Cobraron pues ánimo, y tomando las armas apenas llegó Gilipo, sin detencion marchó en orden de batalla contra los Atenieses. Formó tambien Nicias contra ellos, y entonces, bajando Gilipo las armas, envió un heraldo á los Atenieses diciéndoles, que les daria permiso para retirarse con seguridad de la Sicilia; á lo cual ni siquiera se dignó de contestar Nicias; pero algunos de los soldados, echándose á reir, le preguntaron, ¿si por haberse presentado una capa y una vara lacónicas habia de repente mejorado tanto el estado de los Siracusanos, que pudieran despreciar á los Atenieses, que á trescientos mas valientes que Gilipo y con mas cabellera, teniéndolos en prisiones, los habian vuelto á los Lacedemonios? Timeo refiere que los mismos Sicilianos miraron con el mayor desprecio á Gilipo: á la postre, por condenar en él su codicia y su avaricia sórdida, y cuando al principio se presentó, porque hacian irrision de su capa y de su cabellera. Dice ademas, que apenas se apareció Gilipo volaron muchos á él, como cuando se aparece la lechuza, dispuestos á hacer la guerra; lo que es mas cierto que lo que antes se deja dicho; porque acudieron en gran número, reconociendo en aquella capa y en aquella vara la señal distintiva y la dignidad de Esparta; y esto fue obra de solo Gilipo, como lo dice Tucídides, y tambien Filisto, natural de Siracusa, y testigo ocular de estos sucesos. En la primera batalla quedaron vencedores los Atenieses, habiendo dado muerte á algunos Siracusanos, y al Corintio Gonguilo; pero al dia siguiente hizo ver Gilipo cuanto puede la inteligencia y pericia militar; porque con las mismas armas, con los mismos caballos, en el mismo terreno, aunque no de la misma manera, sino variando la formacion, venció á los Atenieses, que en fuga se retiraron á su campamento; y ha-

biendo puesto á trabajar á los Siracusanos, con las piedras y materiales que aquellos habian allegado, continuaron sus obras comenzadas, con las que cortaron el murallon de los Atenieses; de modo que aun con vencer nada adelantarian. Alentados con esto extraordinariamente los Siracusanos tripularon sus galeras, y recorriendo el pais con su caballería y la de los aliados, atraieron á muchos. Dirigiéndose tambien Gilipo á las ciudades, movió alborotos y sediciones en todas ellas, consiguiendo que le obedeciesen y se le incorporasen. Nicias entonces volviendo á su primer modo de pensar, y reconociendo la mudanza que los negocios habian tenido, cayó de ánimo, y escribió á los Atenieses pidiendo que le enviaran otro ejército, ó retiraran aquel de la Sicilia; y en cuanto á sí rogó que le exoneraran del mando á causa de su enfermedad.

Aun antes de esto habian intentado los Atenieses enviar nuevas fuerzas á Sicilia; pero por envidia de la prosperidad con que la fortuna habia hasta aquel punto lisonjeado á Nicias, lo habian ido dilatando; mas entonces se apresuraron á mandar los socorros. Estaba dispuesto que pasado el invierno marchara Demóstenes con un poderoso ejército; pero entraron en el rigor de aquella estacion dió la vela Euru-medonte, llevando caudales, y la designacion de los colegas de Nicias en el mando, tomados de los que allí hacian la guerra; los cuales eran Eutudemo y Menandro. A este tiempo tentó Nicias repentinamente por mar y por tierra la suerte de los combates; y aunque al principio tuvo en el mar algun descalabro, con todo rechazó y echó á pique muchas de las naves enemigas; pero por tierra, no habiendo podido por sí mismo adelantar sus socorros, cargó precipitadamente Gilipo, y tomó á Plemurio, donde hallándose los efectos de arsenal y otra infinidad de enseres, de todo se apoderó, dando muerte á no pocos, y haciendo á otros cautivos; pero lo mas fue haber quitado á Nicias la proporcion del acopio de víveres: porque este era sumamente seguro y pronto por Plemurio, ocupándole los Atenieses; pero desposeidos de él, ademas de ser difícil, no podia hacerse sino á fuerza de continuos combates con los enemigos, que tenian surta allí su

armada. Aun la victoria contra esta no pareció haberse conseguido de poder á poder, sino por haberse desordenado cuando seguia el alcance: así volvieron á presentarse en actitud de pelear mejor preparados que antes; pero Nicias no queria aventurar otro combate naval, diciendo que seria gran necesidad estando aguardando tan brillantes tropas de refresco, como eran las que á toda priesa conducia Demóstenes, querer arriesgarse á una batalla con fuerzas inferiores y mal organizadas. Pero de Menandro y Eutumedo, que acababan de ser elevados al mando, se habia apoderado cierta envidia y emulacion contra los otros dos generales, proponiéndose ejecutar algun echo notable antes que llegase Demóstenes y oscurecer si podian á Nicias. El pretexto sin embargo era el zelo por la gloria de la república, la que decian pereceria y se anublaria del todo, si mostrasen temer á los Siracusanos, que los provocaban á batalla; con lo que le obligaron á combatir. Engañados con una estratagema por Ariston, piloto de Corinto, fue destrozada enteramente su ala izquierda, segun escribe Tucídides, con pérdida de mucha gente. Afligióse sobremanera Nicias con este infortunio; pues si mandando solo ya habia empezado á caer, ahora los colegas le habian precipitado.

Dejóse ver en esto Demóstenes en el puerto tan brillante con la pompa de su magnífica escuadra, como formidable á los enemigos, trayendo en estenta y tres galeras cinco mil infantes, y entre tiradores de armas arrojadizas, flecheros y honderos arriba de tres mil. El ornato de las armas, las insignias de las naves, y la muchedumbre de cantores y flautistas presentaba un aparato teatral, propio para infundir á aquellos terror. Volvieron por tanto los Siracusanos á concebir los mayores rezelos, viendo que sus trabajos no tenian término ni alivio, y que se estaban consumiendo y aniquilando en vano. No le duró de otra parte á Nicias largo tiempo el placer de la venida de aquellas fuerzas: pues apenas entró en conferencia con Demóstenes, cuando le vió resuelto á que al punto se acometiera á los enemigos; y sin perder momento se pusiera todo al tablero, para tomar á Siracusa y volverse á casa; de lo que concibió gran temor; y mara-

villado de aquella prontitud y temeridad, le rogaba que nada se hiciera por desesperacion y sin maduro consejo. Decíale que la dilacion era toda contra los enemigos, que se hallaban gastados en sus bienes, y no podian contar con que los auxiliares se mantuvieran á su lado largo tiempo, y que si de nueva sentian los apuros de la escasez y la hambre, acudirian á él como antes con proposiciones de paz. Porque habia no pocos en Siracusa que secretamente daban avisos á Nicias, y le inclinaban á permanecer, á causa de que aquellos habitantes padecian mucho con la guerra, y no podian aguantar á Gilipo: y á poco que la miseria se aumentase, enteramente habian de desmayar. Como muchas de estas cosas no hacia Nicias mas que indicirlas, no teniendo por conveniente decirlas á las claras, dió motivo á los colegas para que le trataran de irresoluto, diciéndole que ya volvia á sus precauciones, á sus dilaciones y nimiedades, con las que dejó perder el primer calor del ejército, no marchando al punto contra los enemigos, sino procrastinando y haciéndose despreciable; y como con esto los otros se adhiriesen al ditámen de Demóstenes, al cabo convino tambien Nicias, aunque no sin gran violencia. Hecho este acuerdo, tomó consigo Demóstenes por la noche las fuerzas terrestres, y marchando contra el punto de Epipolas á algunos de los enemigos, sorprendiéndoles sin ser sentido, les dió muerte; y á otros que se defendieron los desbarató; mas aunque le tomó por este medio, no se contuvo, sino que discurrió adelante hasta que dió con los Beocios: porque estos fueron los primeros que animándose unos á otros, y corriendo á los Atenenses con las lanzas en ristre, los rechazaron con grande gritería, dando muerte á muchos de ellos. Con esto se introdujo gran confusion y terror en todo el ejército, llenando de él el que huia al que todavía estaba vencedor; y dando la parte que avanzaba y acometía en la que se retiraba desfavorida, trabaron unos con otros, creyendo que los que huian eran perseguidores, y tratando á los amigos como enemigos. Porque en aquella desordenada confusion, acompañada de miedo y de la falta de conocimiento; y en la inseguridad de la vista en una noche que ni era absolutamente

oscura, ni tenia una luz cierta, como era preciso estando ya para ponerse la luna, y moviéndose entre su luz muchos cuerpos y armas, sin que pudieran reconocerse los semblantes, con miedo del enemigo hasta el propio se hacia sospechoso, cayendo los Atenienses en la situacion y perplejidad mas terrible. Avínoles tambien el que tenian la luna por la espalda, con lo que enviando sus sombras delante de sí, ocultaban el número y brillo de sus armas; cuando en los contrarios el resplandor de la luna que daba en los escudos, hacia que parecieran en mayor número y con ventaja. Finalmente cayendo sobre ellos por todas partes los enemigos luego que cedieron, unos fueron muertos por estos en la fuga, otros perecieron á manos de sus camaradas, y otros se precipitaron por los derrumbaderos. A los que se dispersaron y perdieron el camino, venido el dia, los acabó la caballería: habiendo sido dos mil los que murieron; y de los que se presentaron en el campamento, muy pocos se salvaron con las armas.

Habiendo recibido Nicias este golpe muy contra su esperanza, se quejaba de la precipitacion de Demóstenes; y este, despues de haber pretendido excusarse, fue de parecer que debian retirarse cuanto antes, pues que ya no habian de venirles nuevas fuerzas, ni con aquellas podian vencer á los enemigos; y aun cuando los vencieran, siempre habia de ser preciso abandonar aquel terreno, contrario y enfermizo en todo tiempo segun se les informaba, para un campamento, y entonces mortífero, como lo estaban viendo: porque se hallaban á la entrada del otoño, tenian muchos enfermos, y todos estaban abatidos. Resistíase Nicias á la propuesta de la retirada y del embarque, no porque no temiese á los Siracusanos, sino porque temia mas á los Atenienses, sus juicios y sus calumnias: Porque aquí, añadió, no espero nada de muy adverso; y aun cuando sucediera, quiero mas recibir la muerte de los enemigos, que no de mis conciudadanos: al contrario de como pensó mas adelante Leon Bizantino, que dijo á los suyos: Mas quiero morir de vuestra mano, que con vosotros. En cuanto al punto y pais adonde trasladarian el campamento, dijo que ya delibera-

rian con mas sosiego. Dicho esto, Demóstenes, como le habia salido tan mal su primer dictámen, no insistió mas en el que proponia; y los otros colegas, pareciéndoles que Nicias por esperar y confiar en los de adentro resistia el embarque con tanto teson, convinieron al fin en su parecer. Mas como hubiesen recibido los Siracusanos otros refuerzos, y se encruelciese la enfermedad en los Atenienses, entonces aun Nicias condescendió en la retirada, y dió orden á los soldados de que estuvieran prontos para embarcarse.

Cuando todo estaba á punto sin que ninguno de los enemigos lo observase, como que tampoco lo esperaban, en aquella misma noche se eclipsó la luna: cosa de gran terror para Nicias, y para todos aquellos que por ignorancia y supersticion se asustan con tales acontecimientos: porque en cuanto á oscurecerse el sol hácia el dia trigésimo, y casi todos saben que aquel oscurecimiento lo causa la luna; pero en cuanto á esta, que es lo que se le opone, y como hallándose en su lleno de repente pierde su luz y cambia diferentes colores, esto no es fácil de comprender; sino que lo tenian por cosa muy extraordinaria y por anuncio que hacia la Diosa de grandes calamidades: pues el primero que con mas seguridad y confianza habia puesto por escrito sus ideas acerca del creciente y menguante de la luna habia sido Anaxágoras; y este no era antiguo, ni su escrito tenia celebridad; sino que se habia divulgado, y solo corria entre pocos con reserva y cautela. Porque todavía no eran bien recibidos los físicos y los llamados especuladores de los meteoros, achacándoseles que las cosas divinas las atribuian á causas destituidas de razon, á potencias incomprendibles, y á fuerzas que no pueden resistirse. Así es que Protágoras fue desterrado; Anaxágoras fue puesto en prision, de la que le costó mucho á Pericles sacarle salvo; y Sócrates, que no se metió en ninguna de estas cosas, sin embargo pereció por la filosofia. Ya mas adelante resplandeció la fama de Platon; y tanto por su conducta, como con haber subordinado las fuerzas físicas á principios divinos y superiores, desvaneció las calumnias que corrian contra estos estudios, y les abrió á todos camino para la instruccion. Así su amigo Dion,

aunque en el mismo punto en que estaba para dar la vela desde Zacinto contra Dionisio, sobrevino un eclipse de luna, no por eso se inquietó, ni dejó de partir, y apoderándose de Siracusa, expelió al tirano. Hizo además la casualidad que Nicias no tuviese á su lado un adivino diestro; porque Estilbides, su gran confidente, y que procuraba desimpresionarle de la supersticion, habia muerto poco antes. Y en verdad que aquella señal, como observa Filocoro, para los que querian huir no era adversa, sino muy favorable: porque las cosas que se hacen por miedo necesitan de reserva, y la luz les es contraria; y fuera de esto así en los eclipses de sol como en los de luna se estaba en observacion por tres dias, como en sus comentarios lo expuso Anticlides; y Nicias les persuadió que esperaran otro período de luna, como si no la hubiera visto al punto clara y limpia de manchas luego que salió de la oscuridad con que la tierra impedia su luz.

Olvidado casi de todo lo demás, se ocupaba en hacer sacrificios, hasta que vinieron sobre ellos los enemigos, sitiando con sus tropas de tierra la muralla y el campamento, y cercando enredador el puerto con sus naves; y no solo ellos, sino hasta los muchachos, conducidos en barquichuelos y en lanchas, provocaban é insultaban á los Atenenses. Uno de estos, hijo de padres distinguidos, llamado Heráclides, que se habia adelantado con su barquichuelo, fue cogido por una nave ática, que salió en su persecucion; y como temiese por él Polico su tío, corrió para librarle con diez galeras que mandaba; y los demás, temiendo por Polico, movieron igualmente. Tratóse una reñida batalla, en la que vencieron los Siracusanos con muerte de Eurumedonte y otros muchos. No pudieron ya aguantar mas los Atenenses, y empezaron á gritar contra los generales, clamando porque dispusieran la retirada por tierra; pues por otra parte los Siracusanos, luego que hubieron alcanzado la victoria, custodiaron y cerraron la salida del puerto. Rehusaba Nicias venir en semejante resolucion, porque le parecia cosa terrible abandonar un grandísimo número de trasportes y muy pocas menos de doscientas galeras: embarcando pues lo mas escogido de la infantería y los mas robustos entre los tiradores, ocupó con

ellos ciento y diez galeras; porque las restantes estaban desprovistas de remos. La demas tropa la situó á la orilla del mar, abandonando el gran campamento y la muralla que remataba en el templo de Hércules: de manera que no habiendo ofrecido los Siracusanos al Dios tiempo habia los acostumbrados sacrificios, entonces saltando en tierra cumplieron con este acto religioso los sacerdotes y los generales.

Quando ya estaban listas las naves anunciaron los agoreros á los Siracusanos que las víctimas les prometian prosperidad y victoria, si no eran los primeros á empezar el combate, y solamente se defendian; pues Hércules alcanzó todas sus victorias, poniéndose en defensa cuando se veia amenazado; y con esto movieron del puerto. En este combate naval, uno de los mas empeñados y terribles, y que no causó menores inquietudes y agitaciones en los espectadores que en los combatientes, por la vista de un encuentro que en breve tuvo muchas y muy inesperadas mudanzas, no vino menos daño á los Atenenses de su estado y disposicion que de mano de los enemigos. Porque peleaban con naves estrechamente unidas y cargadas, contra otras que estando vacías y ligeras, con facilidad discurrían por todas partes; siendo además ofendidos con piedras, que donde quiera que cayesen hacían gran daño, cuando ellos no lanzaban sino dardos y saetas, que con el oleage no tenían golpe seguro, ni siempre podían herir de punta. Esta fue leccion que dió á los Siracusanos Ariston, el piloto de Corinto, el cual habiendo peleado alentadamente en aquel combate, murió en él cuando ya habian vencido los Siracusanos. Habiendo sido grande la ruina y destrozo de los Atenenses, se les cortó toda esperanza de poder huir por mar; y como viesén tambien muy difícil el poderse salvar por tierra, ni estorbaron á los enemigos que remolcasen sus naves, no obstante estarlo presenciando, ni pidieron que se les permitiera recoger los muertos: teniendo todavía por mas triste y miserable el abandono que se veían precisados á hacer de los enfermos y heridos; y considerándose á sí mismos en un estado aun mas lastimoso, porque habian de llegar al mismo fin por entre mayores males.

Intentaban evadirse aquella noche; y Gilipo, viendo á los

Siracusanos entregados á sacrificios y banquetes en celebracion de la victoria y de la fiesta, desconfió de poder moverlos, ni con persuasiones ni con esfuerzo alguno, á que persiguieran á los enemigos, que no dudaba iban á retirarse; pero Hermócrates por movimiento propio excogió contra Nicias un engaño, enviando algunos de sus amigos que le dijese venír de parte de aquellos mismos que antes acostumbraban hablarle reservadamente, siendo su objeto avisarle que no marchara aquella noche, porque los Siracusanos les tenían armadas celadas, y les habían tomado los pasos. Burlado Nicias con este engaño, padeció despues con verdad de parte de los enemigos lo que entonces falsamente se le hizo temer: porque saliendo á la mañana siguiente al amanecer, ocuparon las gargantas de los caminos, levantaron cercas delante de los vados de los rios, cortaron los puentes, y en el terreno llano y sin tropiezos situaron la caballería, para que por ninguna parte pudieran pasar los Ateníenses sin tener un combate. Aguardaron estos todo aquel dia hasta la noche, en la que se pusieron en marcha, no sin grande afliccion y suspiros, como si salieran de su patria y no de tierra enemiga, sintiendo la estrechez y miseria en que se veian, y el abandono de los amigos y deudos; y sin embargo estos males les parecian mas ligeros que los que les aguardaban. Pues con todo de causar lástima el desconsuelo que reinaba en el campamento, ningun espectáculo era mas triste y miserable que el ver á Nicias, debilitado por sus males, y reducido en medio de su dignidad á lo mas preciso, sin poder usar de los alivios que por el mal estado de su salud le eran mas necesarios; y que con todo hacia y toleraba en aquella situacion lo que no sufrían muchos de los que se hallaban sanos: echándose bien de ver que no por sí mismo, ni por apego á la vida aguantaba aquellas penalidades, sino que era el amor á sus conciudadanos el que le hacia no dar por perdida toda esperanza. Así cuando los demas prorumpian en lágrimas y sollozos por el miedo y el dolor, si alguna vez se veía forzado á dar por el mismo término muestras de su afliccion, se advertía que era á causa de comparar la afrenta é ignominia de su ejército con la grandeza y gloria de los triunfos que ha-

bían esperado conseguir. Aun sin tenerle á la vista, con solo recordar sus discursos y las exhortaciones que había hecho para impedir la expedicion, se les ofrecía que muy sin causa sufría aquellas calamidades; tanto que hasta su esperanza en los Dioses llegó á debilitarse en gran manera, al considerar que un hombre tan piadoso y en las cosas de la religion tan puntual y magnífico, no era mejor tratado de la fortuna que los mas perversos y ruines del ejército.

Esforzabase Nicias á mostrarle en la voz, en el semblante, y en el modo de saludar superior á tanta desgracia; y en los ocho dias de marcha, acometido y herido por los enemigos, conservó invencibles las fuerzas que tenía consigo, hasta que quedó cautivo Demóstenes con su division junto á la quinta llamada Policela, peleando y siendo cercado de los enemigos. Desenvainó entonces Demóstenes su espada, y se hirió á sí mismo, aunque no acabó de quitarse la vida, porque se arrojaron sobre él los enemigos, y le echaron mano. Adelantáronse unos cuantos Siracusanos á enterar á Nicias del suceso; y habiendo mandado algunos de los suyos de á caballo, cuando se cercioró de la pérdida de aquellos, manifestó deseo de tratar con Gilipo para que dejarán partir á los Ateníenses de la Sicilia, recibiendo rehenes sobre que serian indemnizados los Siracusanos de todos los gastos que hubiesen hecho en aquella guerra; mas ellos no le dieron oídos, sino que tratándole con vilipendio, y haciéndole amenazas é insultos, le lanzaron tiros, no obstante que le veian reducido al último extremo de miseria. Con todo aun aguantó aquella noche, y al dia siguiente continuó su marcha, acosado por los enemigos hasta el rio Asinaro. Allí estos alcanzaron á algunos, y los arrojaron á la corriente; otros habían llegado ante, y compelidos de la sed se habían echado de bruces á beber; y fue grande el estrago y crueldad contra los que á un mismo tiempo bebían y recibían la muerte: hasta que Nicias, echándose á los pies de Gilipo le hizo este ruego: «Hallen compasion, ó Gilipo, en vosotros los vencedores, no yo, que de nadie la deseo, debiendo bastarme el nombre y la gloria que me dan tamañas desgracias, sino los demas Ateníenses, haciéndoos cargo de que son comunes los infor-

tunios de la guerra, y que en ellos se hubieron con vosotros benignamente los Atenieses, cuando les fue favorable la fortuna. » Al proferir Nicias estas palabras, con ellas y con su vista no dejó de conmoverse Gilipo; pues sabia que los Lacedemonios habian sido de él favorecidos en el último tratado; y ademas echaba cuenta de que importaria mucho para su gloria el conducir prisioneros á los dos generales enemigos. Por tanto tomando de la mano á Nicias, procuró alentarle, y dió orden para que á los demas los hiciesen prisioneros; pero habiéndose tardado algo en hacer correr esta orden, fueron menos que los muertos los que se salvaron; de los cuales los soldados sustrajeron y robaron muchos. Reunido que hubieron todos los prisioneros que se manifestaron, suspendieron de los mas altos y hermosos árboles de la orilla del rio las armas ocupadas á los enemigos; pusieron coronas sobre sus sienas, y enjaezando vistosamente sus caballos, y cortando las clines á los de los enemigos, se dirigieron á la ciudad despues de haber terminado la mas celebrada contienda que Griegos contra Griegos tuvieron jamas, y de haber alcanzado la victoria mas completa con grande poder y teson, y con las mayores muestras de resolucion y de virtud.

Celebróse junta general de los Siracusanos y los aliados, en la que el orador Eurucles propuso primero que el dia en que habian hecho prisionero á Nicias seria sagrado y dedicado á hacer sacrificios, absteniéndose de todo trabajo; que esta festividad se llamaria Asinaria del nombre del rio: el dia fue el veintisiete del mes Carneo, al que los Atenieses dicen Metagitnion; que los esclavos de los Atenieses serian vendidos, y tambien sus aliados; pero los Atenieses mismos y los de la Sicilia hallados con ellos serian puestos en custodia, destinándolos á los trabajos de las minas, á excepcion de los generales; y que á estos se les daria muerte. Habiendo aplaudido los Siracusanos esta propuesta, quiso Hermócrates hacerles entender, que mas glorioso que el vencer es saber usar con moderacion de la victoria; pero se vió sumamente expuesto; y como Gilipo hubiese pedido que se le entregasen los generales de los Atenieses para conducirlos

á Esparta, ensoberbecidos los Siracusanos con la prosperidad, le respondieron desabridamente; y sin esto fuera de la guerra llevaban muy mal su aspereza y su modo de mandar verdaderamente lacónico; y segun dice Timeo, repugnaban y condenaban su mezquindad y su avaricia: enfermedad heredada, por la que su padre Cleandrides en causa de soborno fue desterrado; y él mismo, habiendo sustraído treinta talentos de los que Lisandro envió á Esparta, y escondiéndolos en el tejado de su casa, como hubiese sido denunciado, tuvo que huir con la mayor vergüenza; pero de esto hemos hablado con mas detencion en la vida de Lisandro. Timeo no dice que Demóstenes y Nicias hubiesen muerto apedreados como lo escriben Filisto y Tucídides, sino que habiéndoles avisado Hermócrates cuando todavía duraba la junta por medio de uno de la guardia que allí se hallaba, ellos mismos se quitaron la vida; y que los cadáveres se expusieron públicamente á la puerta, para que pudieran verlos cuantos quisiesen. Se me ha informado que todavía se muestra en Siracusa un escudo fijado en el templo, que se dice haber sido el de Nicias, y cuya cubierta es un tejido de oro y púrpura primorosamente entremezclados.

De los Atenieses los mas fallecieron en las minas de enfermedad y de mal alimentados, porque no se les daba por dia mas que dos cotilas (1) de cebada y una de agua. No pocos fueron vencidos, ó porque habian sido de los robados, ó porque no se les tuvo por ciudadanos atenienses; sino que pasaron por esclavos, y como tales los vendian imprimiéndoles en la frente un caballo: teniendo que sufrir esta miseria sobre la esclavitud. Fueron para estos de gran socorro su vergüenza y su educacion, porque ó alcanzaron luego la libertad, ó permanecieron siendo tratados con distincion en casa de sus amos. Debieron otros su salud á Eurípides; porque eran los Sicilianos, segun parece, entre los Griegos de afuera los que mas gustaban de su poesia; y aprendian de memoria las muestras, y digámoslo así, los bocados que les traian los que arribaban de todas partes, comunicándoselos

(1) La cotila griega hacia medio cuartillo y onza y media de la medida de líquidos de Castilla.



unos á otros. Dicese pues que de los que por fin pudieron volver salvos á sus casas muchos visitaron con el mayor reconocimiento á Eurípides; y le manifestaron, unos que hallándose esclavos habian conseguido libertad enseñando los fragmentos de sus poesias, que tenian de memoria; y otros que dispersos y errantes despues de la batalla habian ganado el alimento cantando sus versos; lo que no es de admirar, cuando se refiere que refugiado á uno de aquellos pueros un barco de la ciudad de Cauno perseguido de piratas, al principio no lo recibieron, sino que le hacian salir: y que despues preguntando á los marineros si sabian los coros de Eurípides, y respondiendolos que sí, con solo esto cedieron y les dieron puerto.

La noticia de aquella desgracia se dice habérseles hecho increíble á los Atenieses, por la persona y el modo en que fue anunciada: pues á lo que parece arribó un forastero al Pireo, y entrando en la tienda de un barbero, comenzó á hablar de lo sucedido, como de cosa que ya debía saberse en Atenas. Oido que fue por el barbero, subió corriendo á la ciudad, antes que ninguno otro pudiera tener conocimiento; y dirigiéndose á los arcontes, al punto les dió en la misma plaza parte de lo que le habian contado. Siguióse la consternacion é inquietud que era natural; y convocando los arcontes á junta, le hicieron presentarse en ella; y como preguntado por quién lo sabia, no hubiese podido decir cosa que satisficiera, teniéndole por un forjador de embustes, que trataba de affigir la ciudad, le ataron á una rueda, en la que fue atormentado por largo tiempo, hasta que llegaron personas que refirieron toda aquella tragedia como habia pasado. ; Tanto fue lo que les costó creer que á Nicias le habian sobrevenido los infortunios que tantas veces les habia pronosticado!

---

## MARCO CRASO.

Marco Craso, cuyo padre habia sido censor, y habia merecido los honores del triunfo, se crió sin embargo en una casita reducida con otros dos hermanos. Estaban estos casados cuando vivian aun los padres, y todos comian á una misma mesa; lo que parece pudo contribuir no poco á que fuese frugal y moderado en el comer y beber. Muerto uno de los hermanos, tomó en matrimonio á su mujer, y de ella tuvo hijos; habiendo sido en esta materia tan arreglado como el que mas de los Romanos; y con todo cuando ya se hallaba adelantado en edad fue acusado de haber tratado inhonestamente con Licinia, una de las vírgenes vestales. Licinia fue absuelta de aquel cargo, habiendo sido su acusador un tal Plotino. Tenia esta una quinta deliciosa, y deseaba Craso adquirirla por un corto precio; para lo cual la visitaba y obsequiaba con grandísima frecuencia; y de aquí tuvo origen la indicada sospecha; la que en cierta manera desvaneció con su codicia, habiendo sido también absuelto por los jueces; pero de la intimidación con Licinia no se retiró hasta haberse hecho dueño de la posesion.

Dicen los Romanos que á las muchas virtudes de Craso solo un vicio hacia sombra, que era la codicia; pero á lo que parece no era solo, sino que siendo muy dominante, hacia que no apareciesen los demas. Las pruebas mas evidentes de su codicia son el modo con que se hizo rico, y lo excesivo de su caudal; porque no teniendo al principio sobre trescientos talentos, despues cuando ya fue admitido al gobierno ofreció á Hércules la décima, dió banquetes al pueblo, y á cada uno de los Romanos le acudió de su dinero con trigo para tres meses; y sin embargo habiendo hecho para su conocimiento el avance de su hacienda antes de partir á la expedición contra los Partos, halló que ascendia á la suma de siete mil y cien talentos; y si aun que sea en oprobio suyo